ALMERÍA ALEGRE

PERIÓDICO SATÍRICO

SE PUBLICARA CUATRO VECES AL MES

Semario que da la hora
La Correspondencia al Director.

DIRECTOR.
ARTURO ALVAREZ Y BUSTOS

SUSCRIPCION
En Almería una peseta al mes.
Pago anticipado.

ADVERTENCIA

Rogamos á nuestros suscriptores no abonen ningun recibo que no lleve el sello de nuestro Administrador Ramón Espinosa.

PALIQUE

¡Caracoles y que calor hace!

Esta es la exclamación que sale de todos los labios.

¡Uf! ¡yó estoy chorreando toda! — exclama la hermosa niña de 15 Abriles y de megillas sonrosadas, al ponerse por las mañanas la chapona y las enaguas.

¡Y que calor! repite el celoso empleado que vá á la oficina á las «doce» de la mañana, echa un cigarro, envía al portero por una taza de café y un «puñal» de la Tabacalera, y se dedica luego á ir de mesa en mesa hablando con los compañeros de las famosas cuentas municipales del viaje régio, del tuerto Churruca ú otros «caballeros» por el estilo, y enterándose de las novedades que han ocurrido en la población, durante las últimas veinticuatro horas.

¡Y que calor! exclama mi persona al venir á la redacción, quedarse en mangas de camisa, mojar la pluma en el tintero de moscas, dispuesto á estrujarme los sesos para que den el zumo bastante con que llenar las quince ó veinte «cartillas» que se lleva esta sección.

¡La lucha por la existencia! como diría un poeta cursi para casa de los padres.

Si yo encerrase en mi baul donde guardo los calcetines, que es la única «gabeta» ó «caja de caudales», que me he permitido el lujo de tener durante mi existencia, las peluconas y «bolletes» que tiene almacenadas el vampiro de Masagosa, ese prestamista sin conciencia, que hace tiempo debía estar ardiendo en los profundos infiernos; yá habia tomado el «pendiente» por esos mundos de Dios, y me pasaría el verano luciendo este cuerpo que ha de comerse la tierra en las vertientes del Pirineo; ó en la «concha de San Sebastian, requiebrando á las barbianas que acuden á aquellas playas á remojarse la barriga en las azuladas ondas del Atlántico, como si fuese un Pávero ó un Pápito de la Larrosa, y dejando el pabellón bien puesto en todos los lugares que visitase, porque si esta es la patria de los célebres usureros como el que arriba dejo apuntado, tambien es el país natal de Nicolás Salmerón; de González Garbín y otros talentos, y donde por desgracia vino al mundo á sufrir penas y fatigas.

Pero: ¿dónde he de ir yó desventurado de

mí? No tendré más remedio que quedarme entre ustedes este verano (y el otro), y aceptar con resignación los decretos del destino, para repetirles siempre poco más ó menos la misma cosa.

¡Oh, la monotonía de la vida!
Como siempre el sol,
el campo verde y los prados,
y los melones rayados;
¡que barbaridad de horror!

No hablemos pues de cosas tristes ni de que se acorcan varias «suspensiones etéreas» igual á las del «mercachiflo» de la Puerta de Turchena que pronto será un hecho; ni de las trampas de otro encofetado «banquero» que aún no ha pagado las duelas de los barriles que hizo el año pasado; ni de que el padre de las de Lopez que tan emperifolladas y llenas de lazos van á los paseos, debe en las Filipinas un dineral de dinero y á Cantón me lo tiene achicharrado, pues deben hasta los «corseles» rectos de Juana Navarro que «alquilaron» esta Féría pasada.

Hablemos de cosas mas risueñas, puesto que estamos el mes de Junio, ese mes tan alegre que abarca dentro de sí la celebración de las fiestas de los tres santos mas populares de España: San Antonio, San Juan y San Pedro, pues ya saben ustedes que...

«La primera verbena
que Dios envía,
es la de San Antonio
de la Florida.»

San Juan es un santo tan popular que hasta los indios le rinden culto, y nuestros cancioneros están llenos de coplas, unas encomiásticas de los Juanes, y otra en la que se les pinta como modelo de la bondad mas excesiva.

Las mujeres han ridiculizado siempre á los Juanes como tipos de una tolerancia matrimonial verdaderamente homérica, y así lo demuestra aquel cantar que circulaba yá de boca en boca, que retrataba fielmente las patriarcales costumbres de nuestro Clero.

«Mi marido es buen Juan,
hago la cama y lo apuesto,
y yó me voy con el cura
á cojer flores al huerto.»

San Pedro que fué el discípulo mas belicoso de Cristo, ha visto pensionados sus servicios con la plaza de portero de la Corte Celestial, y á él, tienen que pagarle la entrada todos los que quieran sentarse á la diestra de Dios Padre, incluso aquella piadosa señora, que dejó

«veinte y cinco mil duros» para misas para bien de su alma; pero....

«San Pedro como era calvo
le picaban los mosquillos,
y su madre le decia,
ponte el gorro periquillo.»

Vemos que el Municipio no dá señales de vida con motivo de la proximidad de la Féría.

Y ¿que quieren Vdes. que hagan los nuevos ediles que hoy ocupan el honroso cargo de Concejal, si las «arcas municipales» las dejan sin una perrilla.

Francoamente y sea dicha en honor á la verdad, la situación por que atraviesa el Municipio, es bastante grave: como que no hay un cuarto, y la generalidad de las gentes créa no influye ostensiblemente en la vida ordinaria de los pueblos; las muchedumbres agobiadas por el dolor ó escasas de entendimiento, no razonan, no pesan el alcance del porvenir que nos está reservado, y por lo mismo, vemos como á diario la prensa de todas las provincias y muy particularmente la de Madrid, invierte muchas columnas en las reseñas de festivales de todos géneros.

Aquí sin embargo, no nos quedaremos sin Féría; mientras un «Zarandajas» no vuelva á ser Presidente de la Comisión de «jolgerios», tendremos, modestos festejos, al «alcance de todas las fortunas»; no se traerán enanos ni gigantones alquilados de Granada como otros años se ha hecho, para que entre esto, los farolitos á la «Veneciana» y los premios á las bandas de músicas forasteras, nos cueste un ojo de la cara, no el de Churruca, que en estas cuestiones no «tomó el hombre parte»; pero el Municipio recibió una sangría suelta por el mamarracho de «Zarandajas» y los miles de duros iban de un bolsillo á otro que era un dolor.

Ahora no habrá nada de eso.

El Presidente de la Comisión de festejos, es nuestro amigo el discreto abogado D. Manuel Toro, por lo tanto, exouso decirles á ustedes que no faltarán «toros y cañas».

Hasta el lunes.

COLOMBINO.

LA DEL HUMO

Se nos marchó Zarandaja
del Ilustre Ayuntamiento
ó lo echaron mejor dicho;
yá no volverá el Banquero
á traernos gigantones
ni enanos, aquellos festejos

que le costó al Municipio veinte mil duros lo menos, pues él era el Presidente de los brillantes festejos y en viajes á Granada en farolas y en luceros Zarandaja se comió, es decir, que se comieron en esas cuentas famosas, un dineral de dinero.

¡La del humo! Zarandaja, ¡adiós ilustre Banquero! que aprovechado has salido, en que poquisimo tiempo te has hecho rico, hijo mio, ¡como has llegado á banquero! cuando me acuerdo que yo te señalé algunos perros porque escribieses en este periodiquillo algo bueno; cuando ponias á Liroia por los mismisimos suelos siendo alcalde, porque no te aflojaba algún dinero y á Boamema lo ponias de ladrón ¡válgame el cielo! que era, lector, una lástima.

¡Adiós, ilustre Banquero! ¡la del humo! y que no vuelvas á pisar solo un momento aquellos régios salones de nuestro sábio Concejo, donde salen mas de cuatro con los bolsillos repletos.

¡Adiós ilustre poeta! escritor de cuerpo entero, que la Aurora te acompañe que para tí es un lucero á quien pasas toos los días sus dos realitos y un huebo y la tiempes reventando de salud ¡Adiós Banquero! ¡Ay! que angelitos se erian en este bendito pueblo!

DE VIAJE

Tú habras oido, lector mio, hablar mucho de la proverbial y galanteria de los españoles. Yo también, aunque algunas veces he observado, y sobre todo en los viajes, que si brilla como el sol, también se nubla como él con nubecillas, siquieran sean pasajeras, producidas por los vapores del egoísmo.

Busco carruaje donde colocarme en un tren que va á partir: en un asiento dos cajas de cartón con sombrero de señora en el de enfrente una enorme maleta: aquí la manta rayada que ha de servir de abrigo por la noche, y dentro tres paraguas, cuatro bastones y dos sombrillas: allá una cesta de provisiones de boca. En otra parte un abrigo y dos periódicos recién comprados al vendedor de la Guita de los ferrocarriles de España, Francia y Portugal: en otra una criada colocada allí para ocupar un puesto como los demás objetos y por la cara parece un bull-dog con faldas.

Al parecer no hay sitio donde colocarme; muchas veces, sin embargo, me he decidido á entrar en cualquier departamento lleno de esta suerte, y he podido observar qua todos aquellos efectos de viaje, que cubren los asientos, no son más que ligeras nubecillas que ocultan por un momento la proverbial galanteria española.

Donde parecían que iban á hacer su viaje más personas de las que caben en el departamento, al marchar el tren sólo quedan dos. Ellos habian distribuido todo para aparentar gran concurrencia y quedarse luego solos. Las empresas, para comodidad de los amigos, colocan la tablilla de Alquilado en las portezuelas; los viajeros se reservan un coche esparciendo sus utensilios de viaje; nada importa que los reglamentos prevengan que en la estación de partida no puede ocuparse sitio más que con el mismo individuo del viajero; no es cosa de sostener una lucha y el prudente es vencido por el egoísta.

Los fumadores creen tener en todas partes indiscutible derecho á envolver á todo el mundo en humo: suponen un carruaje de primera clase en invierno, encerrando seis viajeros, que fuman, y dos señoras que tosen y lloran, gracias á la galanteria de los compañeros de viaje, y tendrías

un cuadro que se repite muy á menudo: si las señoras abren las ventanillas se conatipan, si no, se ahogan: todo quedaba evitado con no fumar; suplicio horrible seria para un amante del cigarro no llevarle á la boca en tantas horas. ¿Por qué no ha de ser los demás lo bastante amable para no pedirle sacrificio tan horrible?

En otras naciones dicen que hay un coche en cada tren reservado para los que fuman: en España la ley manda que se reserve uno para los que no fuman. No creáis por eso los no fumadores que allí no han de hacerle aspirar el humo. Los fumadores tienen predilección especial por aquel departamento; entran en él, ya porque dicen que no hay otro desocupado, ya porque la costumbre ha establecido que allí se fume; creen que si los empleados los invitan á colocarse en tal carruaje, la tablilla de la puerta ha perdido su significado; consideran que el que no fuma es un ente estrafalario que debía ir para no estorbar á los demás en el furgón de equipajes.... todo menos dejar de fumar.

He visto muchas veces, al recordar á un adorador del humo, cuando ejercia su profesión, distraído al parecer, que se hallaba en el reservado de no fumadores, arrojar en seguida el cigarro por la ventanilla ofreciendo sus excusas á las señoras; pero también he presenciado no pocas veces, que algún amante del cigarro pregunta con notable franqueza á los compañeros de reservado:

—¿Les molesta á ustedes el humo?
Enseñando entre los dedos un vèguero del estanco y la caja de los fósforos, lo natural seria contestar:

—¡Figúrese Vd. si nos molestará cuando estamos aquí!

—Ou bien.
—Vea Vd. la tablilla de la puerta y diga luego si aquí se puede fumar.

—Pero hasta las señoras, que suele haberlas, responden:

—No, señor; no nos molesta el humo,

—Con el mismo acento del que decia:

—¡Si á mí me gusta mucho que me den con la badila en los nudillos!

Y el fumador no se priva de su gran placer, y hasta sostiene que le han concedido sus compañeros permiso para ahumarlos, si el revisor le recuerda el reglamento.

Hay viajeros, de primera por supuesto, y me refiero á los de primera, porque en España los de las restantes clases son trasladados sobre poco más ó menos con la misma amplitud y comodidad que el ganado lanar y el de cerda; hay viajeros, digo, que colocan una maleta enorme junto á una ventanilla, privando de aquel sitio á los demás, porque su equipaje vaya ventilado; viajeros que se tienden á la larga en la primera estación, colocando sobre un brazo del asiento los piés, tal vez no bien perfumados; viajeros que, vaya quien vaya en su compañía, corren la cortinilla de la lámpara y dejan el coche á oscuras para roncar más á gusto; viajeros que abren los cristales cuando los demás los llevarian cerrados, y que cierran cuando hace falta aire para respirar; viajeros que separan el calorifero por que el vapor se les sube de los piés á la cabeza, dejando á los demás sin abrigo, ó que se llevan el tubo de agua caliente á su lado, como si lo hubieran destinado para ellos solos expresamente, y viajeros en fin, que extienden sobre el asiento un mantel improvisado, que no es otra cosa que un periódico, comen ó cenan con envidiable apetito los manjares de desagradable olor que van sacando de grasientos papeles, y dejan luego sobre el mullido almohadón blanco, extensas manchas que se estamparán más tarde en las ropas de los viajeros á quien su mala suerte lleve á ocupar aquel sitio.

Lectoras y lectores míos: dicen que ahora se viaja con mucha comodidad. Dios os libre, si viajais y no fumais los varones, de fumadores y de viajeros cómodos y egoístas.

José González de Tejada.

¡SIN FERIA NÓ!

Ya la feria se aproxima y según varios rumores, ésta vá á ser suprimida ¿que porqué? ¡nadie se asombre!

por la «sencilla» razón de que la «guita» lectores, hoy se encuentra por las nubes y hay que cubrir atenciones, mas sagradas, como son, pagar al corriente al pobre empleado, á quien deben atrasado «dos millones.»

¡Sin feria nó, Don Francisco! ¿que dirian las Naciones Extranjeras, si Almería cual si fuese un pueblo pobre se quedase sin «jolgorios» y otras tantas diversiones, como las que «Zarandaja» nos dió, cuando el «pobre hombre» nos trajo aprisa a corriendo enanos y gigantones y se gastó en farolillos una cantidad enorme dejando al pobre país sin camisa y sin calzones?

¡Sin feria, nó!, Don Francisco, aunque sea con poco cobré; haga V. algo que el pueblo que es el que paga, y no come, en estos días se divierta y olvide á tantos «guasones» de levita, que han creído que están en los «callejones»

BALADA

¡Vén á mis brazos dulce bien mio! el sol se oculta por las montañas, lánguidamente murmura el río, el aire agita las espaldas.

Pronto ¡oh cielo! la blanca luna su faz asome por los jarales, y allá á la orilla de la laguna, entre el perfume de los rosales, tus labios rojos aprisiona los entre los míos; yo te diela así en secreto, quien se há tragado ese puñado de «calderilla» (1)

—Que toato eres; ¡mala centella! pues el de marra, ese letrado que cuando «guipa» la calderilla se pone el hombre con apeajo y el ojo tuerto abre al conajo. ¡Mala centella lo liaga areñilla!

INSTANTÁNEA

Los dos amantes háyanse al pié de un cauce á orillas de un profundo barranco entregados á sus amores; la leda brisa murmura y los pardos ruiseñores con sus trinos y gorjeos, dan á aquél cuadro un tinte tan melancólico, que convida á la meditación.

De pronto ¡horros!, negros nubarrones empañan el límpido y puro azul del cielo y un torrente de agua invade el barranco, arrastrando en su vertiginosa corriente á la infeliz pareja que distraídos con sus amorosos arrullos, no se aperquibieron de la avenida.

El enamorado galán, trata salvar á su prometida; pero yamp esfuerzo; los dos son arrastrados por las cenagosas aguas, ya iban á perecer, cuando lograron asirse á las ramas de un gigantesco alcornoque, que á orillas del río tendía sus protectoras ramas; pero ya les faltaban las fuerzas y se les escapaba de las manos.

En estos angustiosos momentos, cuando ya iban á perecer, ¡oh Providencia!, aparece una negra sombra en la orilla con una gruesa soga de esparto crudo en la mano.

¿Quien direis que era? ¿San Telmo? ¡Ahí no señores, pásmense ustedes, era ni más ni menos que el mismísimo Masagosa que se hallaba, cogiendo cuquinas para hacer un caldo de aceite y vinagre.

Pedro Flores viendo en el momento peligro en que se encontraban aquellos desgraciados,

(1) De los jolgorios de S. M.